

LA CIUDAD DESCONOCIDA

EL TREN DE LOS CAIDOS



Ni para el "colectivo". Los caídos marchan en tren.

El tren que baja trotando desde Lurín, casi vacío pero cargado de años, se detiene, punteadas las seis de la tarde, frente al hipódromo de Monterrico y lanza contra el cielo su pitazo lacerante y trágico.

Para la multitud gris y silenciosa que esperaba su llegada, ese aullido mecánico, esa música pifante, tiene una letra dramáticamente real: "Se acabó la ilusión del domingo, esa ilusión confiada a las patas de los caballos y estamos aquí, otra vez pobres, como siempre".

Porque no todos ganan en una tarde hipica —ruleta con riendas y comisarios— la mayoría pierde dinero y esperanzas y, gran parte de esa

mayoría, con los ojos rayados de rápidas visiones y las carteras y monederos planchados por el infortunio, sólo tienen una manera para volver a su casa, a su larga semana de humo negro y sueños: "El tren de los caídos".

¡Como a Camacho, caracho!

En un instante, en riguroso desorden, el vehículo se repleta. Muchos quedan colgando de pasarelas y estribos con medio cuerpo, fuera de la vida. Un nuevo pitazo, bocanadas de humo negro y engrudo... y el tren vuelve a partir.

Al principio, el viaje es silencioso. Manos flacas y gordas, agitadas o nerviosamen-

Crónica de

GONZALO ROSE

te calmas, dejan caer al piso o sobre el viento mil pequeños boletos de colores: mezcla desilusionada, irónico carnaval de perdedores. No falta, a contraluz del silencio, algún comentario amargo. Por allí surge el blasfemo ("Santo amarrete, caray"), el filósofo ("quien nació para panzón, aunque lo fajen de chico") el inconforme ("todos son una punta de ladrones") y el sociólogo improvisado ("la oligarquía, compadre"), pero, en general, reina el mutismo.

De pronto se levanta un creciente murmullo, hombros y piernas se mueven, un hipócondrico se apodera del grupo; se acerca el cobrador. Todo el malestar contenido

parece concentrarse sobre su persona. Espadas invisibles cierran el paso. Frases amenazantes lo preceden: "Se le ocurre cobrar al cretino". Parece que fuese el dueño de los ferrocarriles, de los hipódromos falaces, de los domingos tristes.

Uno dice: "Le puede pasar lo de a Camacho, caracho". Le pregunto a mi vecino: "¿Qué le pasó a Camacho?" y él me explica con calma: "Antes trabajaba de cobrador aquí... hasta que un día lo bajaron del tren... y el tren estaba andando".

El herico cobrador sigue adelante, no muy resuelto que digamos. Parece recordar, entre cejas y visera, "lo que le pasó a Camacho".

La desgracia salva al tren

Existe una ironía en todo esto: el ferrocarril Lurín-Lima, que cruza esas "urbes de miseria" que son Ciudad de Dios, anexos y similares, iba a terminar como empresa, dejando sin empleo a 203 trabajadores —entre empleados y guardavías— debido a sus fuertes pérdidas. Algo la salvó de la muerte: el transportar los sábados y domingos a quienes quedaron "miserios" en el hipódromo de Monterrico.

El sol y cincuenta centavos que se escarparon de morir pisados por un caballo demorón —precio del viaje entre la última carrera y la estación de Monserrate— resultó suficiente para impedir el desastre.

Como las agencias funerarias, el tren vive de la desgracia. Si un día —por esos ilagros imposibles a los que se oponen tenazmente los matemáticos— todos ganasen en las carreras, nuestro tren quedaría sin pasajeros. Es decir, se hundiría en la ruina. Sin embargo, el caballo negro confía en los caballos pura sangre y sigue galopando cada día entre Lurín y Lima, entre

Lima y Lurín, con su alimento de boletos rotos.

El andén de la ilusión

Nos vamos acercando a la ciudad. Conforme esto sucede, las voces humanas van triunfando sobre el silencio y la derrota. "Es la última vez que viajó en este tren, el próximo domingo... ¡pa' arriba, en auto y con plata!", afirma un momento entre serio y burlón. Frases semejantes estallan de trecho en trecho. "¡Pa' que viene, preguntame, el que sabe, sabe!"; "el que la sigue la consigue, pata!"; "¿te acuerdas de doña Isidora? salió de pobre la gorda, hasta el ojo bizco se le enderezó". La ilusión está viajando en el tren de los caídos, "por un pelo, sino se queda, la agarró".

En las esquinas de las calles pobres, grupos de pobres saludan al tren con gritos de burla comprensiva y fraternal. Los chiquillos suspenden sus partidos de fútbol y lo miran también con algo de simpatía en sus miradas pícaras. Alzan sus vasos los bedones de cerveza: "¡La salud del muerto... salud!". (Hasta Camacho sonrie, con su boleto negro en el bolsillo).



La pasión del juego no necesita "canchas".



Llegan con sonrisas.



Y se marchan desilusionados...

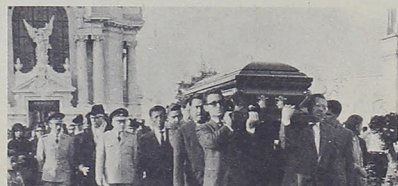
ENTERREMOS EN PAZ A LOS MUERTOS



Discutido en vida, el Dr. Bustamante descansa en paz.

Ha muerto el doctor don Enrique Bustamante y Corzo, hombre público y, como tal, sujeto en vida a la discusión pública de sus actos. Pero, merecedor al menos de un minuto de silencio frente a su cadáver. Y son precisamente los que gritonean su amistad con el desaparecido, maestro de expresión por dos veces, del Jurado Nacional de Elecciones, los que, irreverentes, han turbado la paz de su muerte. Es de lamentar que con excesiva frecuencia se dé en este país el espectáculo poco viril de colocar en manos de los muertos banderas de rebeldía que los vivos no tienen el coraje de alzar por su

cuenta. ¿Por qué hoy, cuando el doctor Bustamante y Corzo tiene el sello del sepulcro en los labios y lo escucha el obligado silencio de sus enemigos, recién aparecen los defensores del "intelectuoso ciudadano"? ¿Por qué no aver, cuando al asumir su defensa se asumía responsabilidad en torno a los manejos del Jurado Nacional de Elecciones?.. Dejemos que los vivos entierran a sus muertos y guardemos respetuoso silencio ante la tumba del doctor Bustamante y Corzo, a quien una afección bronquial le arrebató la vida, una vida cargada de responsabilidades y sujeta, por lo tanto, a la crítica.



En hombros de familiares y amigos, avanza el cortejo.

EL CASO DE SAHARDAR AFKAIN

SE BUSCA UN PRINCIPE PERSA

La sociedad limeña tiene una debilidad femenina hacia lo exótico, más aún si ello está encarnado en una persona y doblemente mas todavía si esa persona tiene un título de nobleza. Es así como hace unos meses hizo su aparición en los salones limeños un Príncipe Persa. El Príncipe Sahardar parecía lo que era: ojos negros bajo ceño cejijunto, boca fina y hasta un poco cruel, frente amplia de buena raza, estatura y porte recios, ademanes y voz suaves o refinados. Según declaró, era experto de las Naciones Unidas, y una profesión tan contemporánea puso en su linaje, entroncado con Jerjer y Atajerjes, el toque de modernidad que hace de Ali Khan, el Rey Hussein o el Presidente Sukarno hombres de todos los tiempos.

—¡Ay, hija! ¿Conociste va al Príncipe Persa? —¡No, querida! ¡Soy una desdichada! Pero va le he dicho al doctor Pulíñez que lo invite al cóctel de las Suténez...

Entonces, ¡no me lo pierdo! Este pudo ser el modelo del diálogo telefónico habitual. Claro que un día, el Príncipe Sahardar desapareció como había aparecido. Sus nuevas amistades y relaciones lo echaban de menos, pues había llegado a ser adorno y prez de la "high life".

Todavía aquellos círculos no se han repuesto del todo de la información aparecida hace unos días en la prensa diaria. A su Príncipe Persa, al experto de las Naciones Unidas, al vástago de los vados y exquisitos monarcas médicos, lo buscaba la policía por encargo de la Interpol, pues se trataba nada menos que del famoso estador y criminal Moshirdmavn Afkain cuya modalidad de abrirse camino era el uso rápido y eficaz de una daga —persa, por supuesto— y de una pistola alemana de tiro nutrido marca Luger. Dos firmas peruanas ya habían sentido denuncias de estafia contra él. Hasta el momento no hay ni rastros del noble del antiguo Irak, quien en su huida recordara, saboreándose, las "delicatas" que su paladar probó en su temporada limeña. Pero no hay que preocuparse. Ya no tardará en aparecer en los mismos escenarios algún otro personaje exótico que vuelva a encandilar a los anfitriones de esta tres veces coronada villa.